

ENTREVISTA

PENSAR AMÉRICA LATINA: INTERMITENCIAS Y DINAMISMO ENTREVISTA A IGNACIO SÁNCHEZ PRADO

Es profesor asociado de literatura mexicana y estudios latinoamericanos en Washington University in Saint Louis. Es autor de El canon y sus formas: La reinención de Harold Bloom y sus lecturas hispanoamericanas (2002), Poesía para nada (2005), Naciones intelectuales. Las fundaciones de la modernidad literaria mexicana (1917-1959) (2009), Intermitencias americanistas. Estudios y ensayos escogidos (2004-2010) (2012), y Screening Neoliberalism. Mexican Cinema 1988-2012 (2014).

por **Miguel Rosetti**

Universidad de Buenos Aires / Universidad Nacional de Tres de Febrero

Es licenciado en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Dicta clases de Literatura del Siglo XX, en dicha universidad. Además es profesor de Literatura Comparada y Narrativa Universal en universidades nacionales y dicta seminarios de posgrado en la Universidad Nacional de Tres de Febrero. Es miembro del consejo editor de Chuy. Revista de estudios literarios latinoamericanos. Lleva adelante una investigación doctoral sobre literatura latinoamericana contemporánea.

Contacto: miguel.rosetti@gmail.com

Miguel Rosetti: Nos resulta muy interesante y esclarecedor el régimen de las "intermitencias" que planteás en relación al campo del latinoamericanismo, ya que se distancia al mismo tiempo de los modelos contemporáneos de pensar los estudios de área, donde el debate suele darse entre quienes consolidan el campo en una teoría fuerte de lo autóctono y quienes lo abren y disuelven en nombre del cosmopolitismo. ¿Cómo ves esta cuestión? ¿Cuáles es tu experiencia personal y profesional con lo latinoamericano?

Ignacio Sánchez Prado: Creo que mi aproximación al latinoamericanismo en "intermitencias", un término que uso para clasificar mis ensayos sobre el tema, tiene que ver con la manera en que mi formación inicial se desarrolló. Por un lado, estudié la licenciatura no en la UNAM, como fue el caso de muchos de mis contemporáneos, sino en la Universidad de las Américas de Puebla, que tuvo de manera efímera un programa conducido por profesores jóvenes y brillantes que lo pusieron a la vanguardia de la educación literaria en México en esa época. Era un programa que no se restringía a lo hispanoamericano, pero que tampoco privilegiaba modelos universalistas o comparativos. Más bien se basaba en una serie de médulas espinales –una de teoría tanto mundial como latinoamericana, una de literatura mexicana, una de literatura hispanoamericana, una de literatura en otras lenguas– que desembocaban en seminarios temáticos. Estas médulas no se comparaban, sino que estaban en constante tensión entre sí. De esta manera, los profesores centrales a este momento –dos escritores del Crack, Pedro Ángel Palou e Ignacio Padilla, y una joven especialista, Adela Pineda– junto con un grupo muy valioso de profesores visitantes (Nuria Vilanova, Nara Araújo, Enrique Pérez Castillo entre otros) y un cuerpo profesoral estable, crearon un programa mucho más avanzado del que había en otras instituciones. Era un programa que resistía por un lado el especificismo latinoamericano, dado que los

escritores del Crack fincaban en esos años su narrativa en el derecho de los latinoamericanos al universalismo. Por otro lado, particularmente a instancias de Palou y Pineda, era en ese entonces el único programa que había roto con el monopolio que la filología y el estructuralismo tenían en la academia literaria mexicana (y que siguen teniendo en algunas instituciones), dando así espacio para un corazón teórico distinto. Era la única universidad en la que se leía de manera obligatoria a nivel licenciatura la tradición latinoamericanista que comienza en Reyes y Henríquez Ureña, y muchos leímos a Cornejo Polar, a Rama, a Vidal, a Nelson Osorio, a Fernández Retamar y otros, cuando esto sigue siendo ignorado en la formación de muchos estudiantes mexicanos. Asimismo era el único lugar donde se tenía un curso de sociología de la literatura —lo que trajo a nuestra mesa autores como Pierre Bourdieu pero también abría la posibilidad de otras reflexiones sobre la relación entre literatura y sociedad que no pertenecen al ámbito sociológico como el trabajo de Said o de Jameson—.

Cuando me fui a doctorar a Pittsburgh, animado por la idea de trabajar con Mabel Moraña, a quien ya había leído en mis cursos con Palou y con Pineda, me encontré un mundo distinto. La línea latinoamericanista que estudié en México se desarrollaba más hacia los estudios culturales que literarios y mis cursos mexicanos sobre la literatura del *Finis Austriae* o el Quijote fueron reemplazados por seminarios sobre la Virgen de Guadalupe (con Hermann Herlinghaus) o cursos de teoría poscolonial y subalternista. Era un programa donde el cosmopolitismo que se valoraba en México tenía menos presencia y donde la especificidad de lo latinoamericano, así como la expansión de la idea de cultura más allá de la literatura, tenían una presencia fuerte. Con todo, aparte de Moraña y Herlinghaus, tuve un grupo de profesores como Gerald Martin, John Beverley y Joshua Lund, así como otro grupo de visitantes que incluyó a Jesús Martín-Barbero, Amos Segala, Santiago Castro Gómez y José Manuel Valenzuela Arce, que tuvo un impacto decisivo en mi carrera.

De esa formación, creo que mi trabajo ha terminado por interesarse primordialmente en las contradicciones internas de la cultura mexicana y latinoamericana, sobre todo a nivel de sus instituciones. Me interesan los legados del cosmopolitismo y el occidentalismo, que he engarzado en mis conceptos de “nacio-

nes intelectuales” y de “occidentalismo estratégico” con debates como el del campo de producción cultural de la teoría de Bourdieu o la conversación sobre literatura mundial. Sin embargo, mi línea sociológica y mi formación latinoamericanista han hecho que me interese lo cosmopolita como praxis, enunciada desde espacios precisos, y en diálogo crítico con los procesos de colonialidad del saber.

Desde esta perspectiva, mi respuesta es que la idea de que los estudios de área se fortalecen con lo autóctono y se abre y disuelve en lo cosmopolita no es cierta. El latinoamericanismo nombra engarzamientos teóricos, críticos y culturales que se encuentran en la tensión entre ambos registros. Esto es el caso en *Ariel*, en la obra de Alfonso Reyes (para quien lo específico latinoamericano era un espacio privilegiado de pensamiento de lo universal) y en el trabajo de muchos pensadores de la región. Yo creo que el latinoamericanismo se ha alimentado de las tradiciones que enfatizan lo regional y lo específico tanto como de las tradiciones que han puesto el énfasis en la relación de lo latinoamericano con lo cosmopolita, lo global y lo mundial. Un latinoamericanismo que no se piense desde esta tensión ignora áreas enteras de la historia intelectual.

En este contexto, ¿cuáles son los efectos y reflexiones del debate que en su momento generó la propuesta de Moretti de una *World Literature* en relación al campo de los estudios literarios latinoamericanos?

Es un debate que en más de una década ha desarrollado varias aristas. En mi libro de 2006, *América Latina en la literatura mundial*, me pareció importante reaccionar al aspecto eurocéntrico de Moretti, cuya teoría de centros y semiperiferias es una mala reproducción de la teoría de la dependencia y cuyo enfoque en la “lectura distante” ignora las inequidades al acceso a capital simbólico en academias transnacionalizadas. También se debatía, incluso con mayor intensidad, la obra de Pascale Casanova, que llegó al castellano antes que al inglés y cuyo francocentrismo es realmente irritante y sintomático. Ha habido una serie de intervenciones, desde los libros de Juan de Castro, Mariano Sis-kind y Héctor Hoyos, hasta esfuerzos colectivos como los nú-

meros especiales de 1616. *Anuario de literatura comparada* y *Journal of World Literature*, en los cuales diversos colegas del campo han articulado la posibilidad de pensar la teoría de la literatura mundial en relación con lo latinoamericano sin caer en los eurocentrismos que criticaba mi volumen editado. En lo personal, a lo largo de estos años (y como exploro en mi libro más reciente *Strategic Occidentalism*), que esa teoría falla frecuentemente con respecto a la literatura latinoamericana porque los recuentos teóricos, en su mayoría escritos en francés e inglés, relegan a la literatura de nuestra región a roles unívocos y mal formulados, que en general pueden ser resumidos como un entendimiento, fuertemente basado en el Boom y el realismo mágico, de Latinoamérica como una región que desde lo específico y desde su tradición intelectual produce una literatura inherentemente política y emancipadora que lleva al modernismo (en el sentido anglosajón de *High Modernism*) a una vertiente ejemplar de crítica al capital y al liberalismo moderno. Este recuento se encuentra en una miríada de trabajos, incluyendo el libro de Moretti sobre la épica o el muy reciente trabajo del colectivo Warwick sobre la literatura mundial entendida como parte del desarrollo desigual y combinado. Creo que si los estudios literarios latinoamericanos vamos a dialogar con esta teorización, tenemos que revertir los términos. En mi caso, propongo dos ideas –la literatura mundial como praxis y la literatura mundial nacional– que argumentan que lo que llamamos “literatura mundial” no es un objeto en sí, sino una serie de constelaciones cosmopolitas que se piensan y se enuncian desde distintos campos literarios. Así, existe una literatura mundial construida a partir de las traducciones de Sergio Pitol, quien crea una idea del cosmopolitismo literario desde las tradiciones anglosajonas y eslavas, o una que se arma desde el mercado del libro neoliberal derivado del realismo mágico. El punto es que la literatura mundial (o las literaturas mundiales si se quiere) son objetos móviles que nos hablan de la manera en que las ideologías de lo cultural narran y piensan sus siempre idiosincráticas y parciales visiones de lo mundial. La idea, para mí al menos, es que la pregunta de la literatura mundial no debe ser basada ya en si la literatura latinoamericana recibe atención de los centros metropolitanos, o si los escritores latinoamericanos aspiran a esa atención. Más bien creo que la literatura mundial, en todas las tradiciones latinoamericanas, es algo que se ha pensado y ejercido desde los orígenes mismos de los campos culturales como una práctica que

imagina y conceptualiza al mundo frente al y desde el cual se piensa lo nacional o lo específico.

Sin dudas Moretti deja ver un modelo de investigación, incluso de "trabajo crítico" que parece alejarse de algunas de tus propuestas en relación a un regreso del "compromiso" en la literatura y la crítica literaria, ¿cómo ves esta cuestión?

Creo que Moretti evolucionó en sus últimos años a un positivismo extraño. Esto en parte tiene que ver con su ubicación institucional en Stanford, donde los métodos computacionales se integran al rol de Silicon Valley en la región. Esto además es parte de un enfoque mayor que recibe el nombre de humanidades digitales, que en su vertiente positiva ha incrementado los archivos humanísticos y ha creado formas de minarlos que serían imposibles para el ojo humano. Pero están todavía en un momento donde el dato duro y el archivo son pensados como metas en sí. Moretti es un crítico más inteligente y parte de su obra tardía (como el libro sobre la figura del burgués en la novela mundial) contradicen en parte su giro positivista, pero en términos generales Moretti está concluyendo su trayectoria intelectual con una afirmación de la primacía metodológica de las ciencias naturales y cuantitativas y la necesidad de objetivizar al estudio de la literatura. Esta postura es parte de otro debate mayor sobre la teoría y la post-teoría, donde figuras relacionadas a estos nuevos enfoques positivistas (otro ejemplo es Rita Felski) buscan desmontar la hegemonía en los departamentos de inglés y de literatura comparada de las dos o tres generaciones de la alta teoría que van desde el deconstruccionismo y el delezianismo, pasando por el poscolonialismo y los estudios culturales, hasta las versiones recientes de estudios queer y post-humanistas.

Yo creo que, como con todas la teorizaciones, hay que saber discernir las ideas del habitus institucional, como diría Bourdieu. Me parece que las discusiones sobre el trabajo crítico que emergen del campo de los departamentos estadounidenses de comparada no son útiles para nosotros porque se enfrentan a

asuntos de la universidad neoliberal y la desconexión de la esfera pública que no corresponden a la situación latinoamericana.

Respecto al nivel de la teorización, que es lo importante, creo posible cooptar las metodologías de la literatura mundial, incluso las morettianas, y ponerlas al servicio de nuestras agendas intelectuales. Me parece esencial, por ejemplo, la pregunta que Moretti hace sobre los libros que han desaparecido del canon pero que constituyen historias de la publicación y de las estéticas que debemos atender. Desafortunadamente, lo que puede tener de valor la obra tardía de Moretti depende de un nivel de digitalización de archivos que estamos muy lejos de alcanzar en nuestra lengua.

Por eso creo que al discutir la literatura mundial hay que alejarnos de los modelos maximalistas y tratar de entender, desde abajo, cuál es la función social de las prácticas literarias y cómo se concibe lo mundial y lo cosmopolita no desde la colonialidad sino desde la relación dinámica de América Latina con la cultura del mundo. Eso intuía Rama, para quien la transculturación narrativa no era solamente una marca de especificidad, sino también una forma de modernización que acompañaba de manera paradójica al capital, algo que, a su vez, dialogaba con la obra de autores más cercanos a la teoría de la dependencia como Roberto Schwarz. Si hemos de entender la literatura desde esa idea amplia de compromiso de representación del mundo que planteo en mi libro *Intermitencias americanistas* tenemos que entender la materialidad de la práctica literaria de abajo hacia arriba y no desde sistemas de literatura distante que reproducen los lugares comunes del eurocentrismo con máscaras emancipatorias.

En este sentido, hay desde hace algún tiempo una inclinación por parte de los estudios latinoamericanos, de convertir a América Latina en un "locus" de producción teórica, ¿te parece posible? ¿deseable? ¿Qué ejemplos de este tipo de empresa se pueden rastrear?

Creo que te refieres aquí al trabajo que los teóricos identificados con la decolonialidad han hecho del derecho a pensar desde América Latina. En general comparto el espíritu de la idea de

que América Latina debe ser siempre afirmado como un locus de afirmación teórica y no sólo como un objeto a ser teorizado desde fuera. Sin embargo es también cierto que mucho del paradigma decolonial se ha pensado desde instituciones de élite en el medio de los Estados Unidos. Hay que ser críticos de eso pero no necesariamente descalificatorios. Lo problemático es cuando la idea del “locus” de producción teórica se vuelve un argumento facilón que plantea superioridades políticas o intelectuales inherentes a las posiciones marginalizadas y oprimidas. En realidad, la sociología de la cultura tiene por momentos, a pesar de sus límites, un mejor entendimiento del problema porque el punto (como enseña Bourdieu) es entender cómo se constituyen las formas de capital (económico, social, cultural simbólico) en un medio cultural sin decidir a priori si son resistentes o hegemónicas. Pero realmente la discusión latinoamericana del “locus de enunciación” ha derivado de algo que me parece central –afirmar el reconocimiento de nuestras tradiciones intelectuales– a un provincialismo que sostiene que sólo debemos leer lo que se produce en los márgenes, negando las complejísticas relaciones que el pensamiento latinoamericano tiene con los circuitos hegemónicos. En lo personal me interesa afirmar que la crítica cultural y los estudios latinoamericanistas deben dar cuenta, en su conjunto, de todas las manifestaciones del pensamiento crítico. Esto significa estudiar a las producciones marginales (como hace admirablemente Macarena Gómez Barris en un libro reciente que busca pensar formas de imaginar el mundo desde cuadrantes queer, indígenas, etc.) y las producciones de élite, para de ahí poder realmente dar cuenta del pensamiento latinoamericano en general.